



EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

HISTORIA.

EL PRÍNCIPE

DON CARLOS DE AUSTRIA.

(ARTÍCULO 3.º (1))

Graves meditaciones costó al rey tan terrible resolución: pálido y con la cabeza inclinada sobre el pecho, paseó algunos instantes por la sala, embebido en sus pensamientos melancólicos: decidido al fin, recobró su frente la serenidad acostumbrada: hizo llamar al duque de Feria, capitán de su guardia, á quien apercibió para que tubiese un piquete de tropa disponible al anocheecer, y convocó para la misma hora al príncipe Ruy Gomez, á Luis Quijada y al prior D. Antonio de Toledo.

Eran las doce de la noche: reinaba el mayor silencio en palacio, cuando entró con estos personajes el rey Felipe II en los aposentos de su hijo. Dormía don Carlos á la sazón, mas despertó-

se sobresaltado con el resplandor de las antorchas y la presencia de su padre á hora tan extraordinaria. ¿«Qué me quiere V. M.? preguntó volviéndose á Felipe: no soy loco sino desesperado: ¿quiere V. M. matarme?»—«No, le respondió el rey, y acercándose cariñosamente, sosegó su espanto con palabras bondadosas. En la cabecera de la cama tenia una espada, una daga y un arcabuz que fueron quitados de su lado; en seguida, por orden de Felipe, sacó el prior D. Antonio de un cofre que estaba sobre la mesa cartas y papeles de importancia que hizo romper en su presencia el rey, sin leerlos y sin abrirlos. Quedó el duque de Feria encargado de la custodia del príncipe prisionero, teniendo á sus órdenes un destacamento de alabarderos alemanes y otro de monteros de Espinosa.

Encerróse el rey en su gabinete, y lejos de ocultar tan grave acontecimiento, dió al punto noticia de él á los prelados y cabildos, á las chancillerías, á los concejos y reinos: anuncióles sencillamente que motivos de in-

(1) Véanse los dos números anteriores.

interés público habían exigido la prision del príncipe, asegurándoles que, como padre y como monarca, sabia la estension de sus obligaciones. Informó asimismo á los embajadores y ministros de todas las potencias, especialmente al enviado del Emperador de Alemania y al Nuncio de su Santidad. Escribió tambien por aquel tiempo una carta triste y decorosa á la Emperatriz su hermana, noticiándole la desgracia de su familia y el sentimiento de su corazon.

El vulgo, que juzga siempre por el arrebató de las primeras impresiones, dispuesto siempre á mudar en crítica sus alabanzas y en encomios su censura, empezaba á compadecer la suerte del súbdito infiel, del hijo criminal á quien la justicia humana habia alcanzado en medio de sus escesos. Los servidores leales del rey lamentaban la fatal estrella que habia traído los acontecimientos á un punto tan crítico, á una situación en que cualquiera que fuese el resultado, iba á perder una parte de su prestigio la dinastía austriaca. Los grandes, el clero, la nobleza, las clases acomodadas del país guardaban un silencio prudente, sorprendidas con la novedad del espectáculo que presentaba un rey obligado á procesar á su hijo, al heredero é inmediato sucesor de su corona.

El altivo Felipe II, encerrado en su palacio, aislado en su dolo-

rosa posicion, habia resuelto ya ser monarca justiciero antes que padre cariñoso, y con la inflexibilidad de su firme carácter, mandó llevar á cabo el proceso de su hijo. Para esto trató de ordenar primero su estancia, y por una instruccion fecha á 2 de marzo de 1568, refrendada por Pedro de Hoyo y dirigida á Ruy Gomez de Silva, arregló el cuidado y tratamiento de D. Carlos: encargó en ella un especial y esmerado respeto con su persona, teniendo muy en cuenta su comodidad: mandó que asistiesen siempre en su guardia, servicio y entretenimiento el conde de Lerma, D. Francisco Manrique, D. Rodrigo de Benavides, D. Juan de Borja, D. Juan de Mendoza, don Gonzalo Chacon y no otros, sin permitir absolutamente mas comunicaciones: ordenó espresamente que cuanto dijese el príncipe fuese secreto entre los que pudiesen oirlo, sin noticiarlo á persona alguna: prohibió que se presentase cualquiera de estos caballeros delante de D. Carlos con espada, puesto que él no la llevaba tampoco; y mandó por último que todos guardasen la instruccion precisamente debajo de la fidelidad, por juramento y pleito homenaje particular hecho sobre aquel caso. Firmada por el rey, la instruccion fue leida ante el secretario Hoyos á todos los caballeros, quienes juraron cumplirla fiel

y lealmente en todas sus partes.

Arreglado así el régimen y órden de la carcelería del príncipe, pensó Felipe en nombrar una junta ó tribunal especial para causar proceso, justificando la prision y acreditando los cargos. Reservóse el rey la presidencia: fueron vocales el cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla, Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, y el licenciado D. Diego Birviesca del consejo de cámara: este quedó especialmente encargado del sumario del juicio. Mientras que se formaba, envió á buscar el rey á los archivos de Barcelona el proceso que causó D. Juan II contra el príncipe de Viana. Carlos, su primojénito: mandólo traducir cuidadosamente al castellano, pues queria examinarlo detenida y concienzudamente para sacar de aquel antiguo documento ejemplo y advertencias que contribuyesen á ilustrar sus ideas en el espinoso negocio que se debatía. El orijinal y la traduccion existen aun en el archivo de Simancas, donde por su órden se remitieron.

Llegaban en tanto á turbar la tranquilidad del rey cartas y peticiones de los concejos y de los prelados, demandando el perdon del príncipe. Suplicáronselo encarecidamente la reina Doña Isabel, la princesa Doña Juana y los reyes de Portugal; pero Felipe permaneció inflexible en su resolucion. Recomendóle el Sumo

Pontífice en una carta la clemencia en el juicio de su hijo, y el rey le contestó con la sumision debida al gefe de la iglesia, esponiéndole sus motivos y anunciándole sus intenciones. Para enterar detenedamente al emperador de Alemania y á su esposa de los últimos acontecimientos, dió comision con cargo de embajador extraordinario á Luis Venegas de Figueroa.

Cumplidos ya los propósitos de Felipe, noticiados los reyes y los reinos, pendiente el parecer fiscal de la junta de proceso, se arregló la casa real, reduciendo hasta tal punto su tren y separando de tal modo la ostentacion, que, segun las palabras de un autor coetáneo, mas bien parecia la mansion del monarca el claustro de un convento que el palacio de un soberano. El carácter naturalmente triste del rey se hizo desde entonces cada vez mas melancólico: pasaba dias enteros sin recibir á nadie, y habia renunciado á su mayor placer que consistia en pasar todo el tiempo que le dejaban libre los negocios activando los trabajos de S. Lorenzo del Escorial.

La violencia habitual de D. Carlos habia degenerado entretanto en un frenesí constante y ciego. Bramando de corage en su prision, desvelado por las noches, zumbando siempre en sus oidos la voz de sus arrebatadas pasiones, exasperada su alma con impotente furia, nada bastaba ya á contener sus coléricos insintos. Su delicada constitucion se

resintió: una calentura constante inflamaba sus venas. Casi desnudo y con los pies descalzos, pasaba noches enteras sobre las losas frias de su aposento: no bebía mas que agua de nieve, y para templar el ardor de su sangre y la sequedad de su cuerpo, derramaba pedazos de hielo sobre su cama, acostándose encima y renovándolos cuando el sitio volvía á perder su frescura. Llegaron los calores de junio y entonces negóse á tomar ninguna clase de viandas, y durante once dias consecutivos se mantuvo tan solo con agua fria, sin que los esfuerzos de los caballeros que le guardaban bastasen á hacerle tomar alimento alguno. Alarmado con tales nuevas el rey y temiendo que su hijo muriese de hambre, entró á visitarle un dia, calmando su cólera con palabras de consuelo y testimonios de cariño: por una reaccion de su impetuoso caracter arrojóse entonces el príncipe con la mayor voracidad sobre los manjares que le presentaban: la indigestion violenta que sintió despues de estos excesos le produjo calenturas malignas acompañadas de disenteria. Rápidamente se agravó su lastimoso estado: el doctor Olivares, proto-médico del rey, le asistió por su orden desde el principio con el mayor esmero; pero á poco tiempo le deshaució completamente, declarando mortal su enfermedad.

Mientras que los coléricos arrebatós del príncipe abreviaban su

vida, la instruccion del proceso habia adelantado considerablemente en manos de D. Diego Briviesca: en el mes de julio pudo ya entregar el consejero de cámara su dictámen razonado al rey. En él estaba D. Carlos acusado y convicto, tanto por las pruebas documentales como por la declaracion de los testigos, del crimen de lesa majestad humana en primero y segundo grado; ya por haber concebido el proyecto de un regicidio, ya por conatos de hacerse dueño de la soberanía de los Países Bajos escitando á una guerra civil. Crímenes previstos por las leyes del reino, su castigo ordinario era la muerte: sin embargo llamaba la atención el fiscal sobre la cualidad de heredero inmediato de la corona que acompañaba á D. Carlos, circunstancia extraordinaria hasta cierto punto, porque al legislador no fué dado prever un caso semejante; pudiendo por tanto el rey juzgar en esta ocasion por razones de alta política y de pública conveniencia, sea perdonando al criminal, sea conmutando la pena establecida por la severidad de las leyes. Así segun el parecer fiscal á que se adhhirieron el cardenal Espinosa y el príncipe de Ebo-li, el delito capital se hallaba plenamente probado; pero quedaba al arbitrio del monarca señalar el castigo, pronunciando la sentencia.

No se arredró Felipe por la inmensa responsabilidad que el *conclusum* de la junta arrojaba sobre él;

antes respondió con mesura á sus consejeros que estaba resuelto á seguir las inspiraciones de su conciencia, contrarias esta vez á los afectos de su corazón; que como padre, amaba á su hijo, al único varón que le habia concedido la Providencia para heredar sus estados y llevar sobre sus hombros el peso de tan vasta monarquía; pero que sobre sus sentimientos de hombre estaban sus deberes y juramentos de rey, los cuales le prohibian abandonar el porvenir del reino á un soberano sin instruccion, sin juicio, sin virtudes, á un jóven devorado por violentas pasiones, temerario en sus empresas y feroz en sus designios. Su voluntad era por tanto que alcanzase plena satisfaccion la ley, siendo ademas inútil su rigor porque el lamentable estado del príncipe no le dejaba esperanza alguna de vida: sus esfuerzos en este caso debían limitarse á suavizar sus últimos momentos, cuidando de la salvacion de su alma.

—Afectado el rey con esta larga conferencia, deseó ver á su desgraciado hijo, pero el proto-médico Olivares le pintó como desesperada su situacion: consultó entonces con el maestro del príncipe Fr. Honorato Juan, obispo de Cartagena y con su confesor Fr. Diego de Chaves, los cuales le disuadieron de la visita que intentaba, fundados en que la vista de su padre en los momentos de agonia pudiera despertar algun arrebatado violento en el alma de D. Carlos, turbando así la religiosa quietud con

que se preparaba á entregar su espíritu al Criador.

Dicen los detractores de Felipe que el príncipe no murió naturalmente. Aseguran que, bien fuese por su mandato espreso, bien porque los ministros creyesen ver en las palabras del rey ante la junta una intencion secreta de abreviar la enfermedad de su hijo, trató el doctor Olivares de apresurar sus últimos momentos. La única prueba importante en apoyo de esta opinion es el brevage que administró el proto-médico á D. Carlos, exhortándole en seguida á morir como cristiano y fiel católico. Cabrera afirma que esta pócima era una purga, y esta opinion sencilla de un hombre educado en las interioridades de palacio, es mucho mas probable que las vagas y sombrías sospechas formadas y discutidas mucho tiempo despues. Ni es creible que estando tan adelantado y siendo incurable el mal del príncipe, tuviese interés el rey en deshacerse de un hijo, olvidado ya de todo el mundo en la soledad de su prision. El caracter de Olivares tampoco se presta á tan cruel sospecha; y es mas natural, mas sencillo suponer que la vida de don Carlos llegó á su término, arruinada su endeble constitucion con los excesos de muchos años y con sus recientes locuras.

Movido el príncipe por las amonestaciones de sus servidores, consintió en confesarse, y despues de recibir los santos sacra-



mentos con cristiana devoción, hizo testamento ante su secretario Martin Gaztelu. Pedía en él humildemente perdon á su padre de las ofensas cometidas; destinaba mandas considerables á obras pías, á iglesias y hospitales; legaba algunas joyas á sus mayordomos, al almirante de Castilla y á D. Rodrigo de Mendoza; encargaba que su cuerpo tuviese sepultura en San Francisco de Toledo, y reposase entretanto en Santo Domingo el Real de Madrid. Acabado este trabajo, sobrevino la postracion y comenzó la agonía. En la noche del 23 habia perdido ya casi enteramente el conocimiento: entonces oculto detrás del príncipe de Eboli y del prior D. Antonio, entró Felipe II en la cámara del príncipe: desencajadas las facciones por el dolor, acercóse al lecho de muerte para bendecir por la vez postrera á su hijo moribundo: su alma inflexible perdió el temple en tan crudo sentimiento, y al dejar la habitacion caian á torrentes las lágrimas por sus pálidas mejillas.

A las cuatro de la mañana del 24 de julio, vijilia del apóstol Santiago, espiró D. Carlos de Austria. Inmediatamente hizo el rey saber su muerte á todo el cuerpo diplomático, á las corporaciones y personas á quienes habia noticiado su encarcelamiento. Aquel mismo dia fue amortajado el cuerpo y metido en una

caja de plomo dentro de un ataúd de madera. Sacáronlo los grandes de palacio, y lleváronlo luego en hombros á Santo Domingo el conde de Lerma, don Juan de Borja y los demas caballeros que le guardaban. La pompa del entierro fue lucidísima: iban en el acompañamiento, entre muchos personajes y corporaciones de distincion, la Grandeza de la corte, el Nuncio de su Santidad, los obispos de Cuenca y Pamplona: cerraba la comitiva el cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla, entre los principes de Bohemia. La corte entera se vistió de duelo: hubo lutos á la española, flamenca, francesa y alemana. El rey hizo algunas mercedes á los mas antiguos y queridos servidores de su hijo; concedió permiso á la villa de Madrid para hacer solemnes funerales; y abrumado de dolor, se retiró cuatro dias despues al convento de san Gerónimo.

Asi acabó su vida el príncipe don Carlos. Poco favorecido por la naturaleza, habia recibido una constitucion enfermiza en un cuerpo casi raquitico y deforme. Las facultades intelectuales no habian podido desarrollarse en su débil cerebro mientras que todas las pasiones violentas hallaban cabida en su extraordinaria organizacion. Asi, no hallando jamás en su escaso juicio un contrapeso á sus designios temerarios, parecíanle buenos todos los medios de saciar sus desordenados

deseos. En caso de duda, inclinábase la balanza hácia las resoluciones mas feroces, porque la educacion no habia podido amoldar á las exigencias sociales aquella precipitacion de niño, aquellos instintos de salvaje, escitados siempre, siempre en movimiento, nunca preocupados por las consecuencias de sus acciones. Para satisfacer su actividad calenturienta hubiera sido necesario un mundo que destruir en infantiles caprichos: comprimida á su centro por las fuerzas sociales, se volvió contra el príncipe mismo y destrozó su cuerpo y corrompió su alma. Cuando la ambicion se despertó en su corazon, fué, como todas sus pasiones, un delirio, un frenesí sin sosiego: su padre era el obstáculo, y anhelaba por derribarle sin preocuparse de los medios que llevasen á tal fin: pero Felipe II era una barrera de bronce donde vinieron á estrellarse tantos esfuerzos inconsiderados. En la larga lucha que sostuvieron padre é hijo, la prevision, la templanza, la dulzura estuvieron por parte del rey: D. Carlos preso y desengañado, volvió, como el escorpion, su dardo contra sí mismo: sus fogosas pasiones le dieron muerte. La calumnia de los partidos contrarios ha manchado la memoria de Felipe con una negra é infundada sospecha: la posteridad no ha llegado todavia para él, porque todavia los resultados de su importante política ejercen influencia sobre los destinos de la

humanidad: el nombre de Felipe II es aun en nuestros tiempos un simbolo de horror para todos los protestantes, y para los católicos defensores de la tolerancia religiosa; al juzgar sin embargo al monarca español es necesario ponerse en el punto de vista de su época y de sus circunstancias. Cuando venga la hora del exámen, cuando las pasiones que escitó su vida hayan apagado su último eco, tal vez se hallará entonces que la política inflexible de Felipe era la única política posible para el señor de medio mundo, para el hijo de Carlos V sobre todo: y ciertamente al fallar la posteridad sobre la prematura muerte del príncipe de Asturias, si tiene á la vista las piezas del proceso y libre su pensamiento de novelescas preocupaciones, no pedirá cuenta á Felipe II del desastroso fin de D. Carlos de Austria.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

EL ANIMA DE MI MADRE.

CUENTO FANTASTICO.

III.

Llena de la mas buena fé le entregué mi mano y no sin algun respeto quedé aguardando la revelacion de mi porvenir. Cojiómela ella y abriéndola á su

sabor, contó, recorrió con su dedo índice y combinó todas las rayas de la palma.

Murmuraba en tanto no sé que oración ó exorcismo é iba cobrando gradualmente la gravedad de una Sibila: yo temblaba, mas la gitana medio inspirada, sin pararse en mi temor, como que replegó su espíritu en sí misma y empleó un rato, al parecer consultando con Mefistófeles ó recibiendo la inspiración de Dios.

Sea esto lo que se fuere, arte, ciencia, revelación ó impostura, dejó por fin su actitud reflexiva, clavó de hito en hito sus ojos en mis ojos, cimbrió la cintura y meneando la cabeza soltó su predicción en estos términos.

Quince mayos, quince flores
Atadas con verde cinta,

Y la última se pinta

Con el sol de los amores:

La cinta es de la esperanza;

Y el ramillete fatal

Puesto en vaso de cristal

El hombre llega y lo alcanza.

Niña de los quince mayos

Vive sola en su retiro,

Y se le arranca un suspiro

Cuando amor vibra sus rayos.

Ilusiones en el día,

En la noche ensueños de oro,

Disgusto, indolencia, lloro

Y penas que no sentia.

Ya no tardará y mañana

Tal vez que cuente llegado

Un ruido, que impensado

La llame hacia la ventana;

Verá pasar un galán

Rubio y que atento pasea,

Piafa, cambia, escarcea,

en un caballo alazan:

Mas fustigando el corcel

Huirá el galán como el viento;

Y ella con el pensamiento

Seguirá al bruto y á él.

Y antes que las huecas losas

Hiera el resonante callo

De aquel hermoso caballo

De las revueltas pomposas;

Se verá como planea

Sobre la blanca paloma,

El buitre y que se desploma

Sin que el cazador lo vea.

Volará sin ser sentido

El buitre de frente cana,

¡Pobre flor! y una mañana

Te sorprenderá otro ruido:

Sin alcanzar su aflicción,

Diránla enferma de amores,

Y espinas que fueron flores

Rasgarán su corazón.

Hará la niña dichoso

Al amador que desea,

Hasta que venga quien sea

La maldición de su esposo.

Que el buitre al huir callado

Dejó para maldecida

Una pluma desprendida

Prevenido ú olvidado.

Cuanto ha dicho la gitana,

Por estas rayas lo arguye,

Fíalo al tiempo que huye

Y te lo dirá... mañana.

Dijo; y cogiendo su pandereta se disponía á partir; pero yo la así de la falda para rogarle por Dios y por los santos, que si bien no queria hacerlo del todo, se explicara á lo menos mas claramente. No; (me contestó) por mas que quisiera no puedo: la *buenaventura* está ya dicha y como no sea que te cumpla oír aquel romance que se gime, se canta y se llora, mal haya amen la gitana, si se le alcanza otra cosa.

—Bueno, pues bien, empiézalo; y ya que yo soy tan pobre, haga por tí la fortuna; y ojalá que te veas la mas rica de tu familia.

—¡Oh tórtola de los primeros arrullos! no te quejes ni me desees mayor bien que el que me guardo. Yo no tengo familia y mi ciencia será lo que se fuere, pero es lo muy bastante para mí.

Un tiempo la cabila de mis padres, apacentaba sus ganados en todo un valle; las cabras coronaban el monte y en divididas piaras los asnos y las yeguas

poblaban las orillas de un río: vino entonces sobre la tribu errante la mano negra, y no se oyó en todo el contorno mas que un balido y el llanto de una criatura.... eran una cabra que aclamaba á su perdido recental y una hija mamoncilla, á quien sus padres no socorrian.

Ningun otro rumor sonaba á la redonda y todo lo demas estaba donde la inquisicion era servida. La cabra vino á mi y me dió su leche, seguía yo gateando por espacio de muchas lunas; ella me abrigaba de noche y me alimentaba de día, hasta que creciendo y viajando supimos llegar á la hermita de la *Malograda*, la que se encuentra mitad en medio del bosque de los Alóes. Allí todas las mañanitas, con la brisa en las ramas de los sauces, se formaba una armonia que aprendí en la naturaleza y del hondo del santuario salian las palabras que te voy á cantar.»

Dijo y dió muchas y muy rápidas vueltas á su pandereta, que de nuevo empezó á zumbiar.

Imposible me era sacudir la fascinacion que sobre mis sentidos obraba la gitana, y ella en tanto comenzó á cantar el fúnebre lamento, aquel que antes me oíste, hijo mio, y daba sin parar, en torno á mi, muchas fantásticas y muy pausadas vueltas. Cada vez mas iba prolongando sus círculos hasta que al entonar la postrera estrofa, cuando dijo

Hija, trabaja por Dios,
Que ya pronto vendrá el día
Y haya pan para las dos»

casi no percibia el eco y al espirar la última cadencia dió en huir por los encrucijados corredores y desapareció, dejándome apesurada sin saber de qué; y pensativa sin acertar el objeto.

Mi madre, que lo ignoraba todo, me preguntó si me sentia enferma y la respondí que si; pagando su cuidadosa ternura con mi segunda mentira.

La temerosa anciana desde aquel momento instó con tanta tenacidad y de

tal modo se alijia, que por calmar su angustia obedecí á sus instancias y me acosté. Palpó mi ropa y desde los pies á la cabeza la acomodó á su gusto, besóme en los labios, se llegó á la ventana y la entornó; quemó un terron de azucar y se acomodó en un rincon muy silenciosa con el rosario en la mano. Creyó á poco sin duda que yo me habia dormido, porque muy quedito se santiguó con la cruz de su rosario y echando mano á su cayada salió con tiento de la habitacion, llevándose el picaporte.

¿Dónde iria la madre ciega, mas que á pedir prestados unos reales, dados de mala gana, contados cuarto por cuarto, con una finjida historia en cada real, con una condicion apretante en cada ochavo; y recibidos con una gratitud tan jenerosa como el martirio?

Quedéme á solas, y aparté los cabellos de mi rostro, descubrí el pecho y desnudé los brazos; queria respirar, queria espacio, libertad y silencio.

Los ojos buscaron la luz y un rayo de sol penetraba escasamente por una rendija de la ventana; los lijeros tamos se agitaban en él y las moscas danzando al monótono zumbido de sus propias alas, llegaban formando interseccion con la cinta luminosa; é iban, jiraban y volvian con vueltas y revueltas circulares sin cesar en rumor ni en movimiento.

Allí se aficionó mi vista indeliberadamente y aquel continuo rebullir sin órden, fue dando vaguedad al pensamiento, vértigo y confusion á los sentidos, ó no acierto qué cosa me pasó; pero á que fue realidad me inclino y no mentido devaneo reflejado en sombras por la cámara oscura de los sueños.

Era un átomo brillante que se mantenía en la luz como el boton de oro dentro del fuego; yo lo vi y luego en confuso pasó muy rápido y llegó hasta él un animal que por lo diminuto

no tenía pronunciados ni el color ni la forma. El átomo impulsado por su propia escondida virtud se acreció cobrando voluntad y movimiento: el animal se mostraba impaciente pero sin ser osado á huir como podía; el átomo érase ya una chispa encendida con el soplo de la vida y se posó sobre los hombros del animal.

En tal estado la chispa viviente y el animal informe, volaron largo trecho; y cuanto mas se alejaban mas crecían. Volvieron hácia mí en aquella misma progresion de volúmen que á ella iban llevando indicada y ya me parecía distinguir en el objeto un jinete que refrenaba el ímpetu de su palafren. Los divisé por fin á mi deseo clara y distintamente; y un color de oro purísimo á los dos les prestaba realce y hermosura. Muy jóven era el caballero y el palafren sin juicio como un niño. Daban vueltas, daban vueltas, sin perder el galope y sin que yo les quitara ojo, que no sé cual me parecía mas arrogante: ó érase que el uno al otro tan unidos marchaban y tanto se prestaban de sus bellezas relativas, valor y maestría, que no acertaba la voluntad sedienta en dividir objeto tan hermoso, sino á admirarlo completo en su atrevido conjunto y galanura.

Un grande rato por aquel aereo espacio que pisaban, señoreáronse solos; sin tropa, espectadores ni cortejo: pero de improviso apareció una atropellada cohorte de jinetes y todos juntos y el galán entre ellos, emprendieron un lucidísimo torneo.

No se oían los pies de los caballos, ni voces ni relinchos, ni el campo se nublaba con el polvo, ni sonaban trompetas, ni aliento alguno, ni el menor choque que pudiera alterar la fantasía.

Era el galán de los cabellos rubios quien entre todos sobresalía, su corcél mas revuelto y levantado, su cintura la mas ágil; y toda su apostura tan resuelta que aquella cabalgata lo envidiaba.

Ya parecía que una voz muda ó un secreto convenio les prevenía correr la última pareja, pues que los vi (aunque con pena) como se preparaban para ello;.... y en esto sobrevino un estrépito dentro mi mismo cuarto.

Salió cada jinete á escape y por su lado, cual si montaran en asustadizos ciervos que oyen el perro y salen disparados, mas aun así fue el postrero el caballero del palafren dorado, que cojiendo carrera emprendió un salto; y rompiendo por entre la cinta de luz, sus cabellos chispearon y lo perdí de vista.

Aquel estrépito lo habia producido el dejarse caer al suelo, un gato de la vecindad, muy familiarizado con mi casa. Al verlo me irrité tanto, que lo arrojé la almohada, salió despavorido por donde habia entrado y aquello quedó otra vez en silencio y las moscas volvieron á zumbar.

Te confieso, amado Leoncio, que el recuerdo de mi humilde tarea me causó horror y que sin embargo que la piedad filial me desgarraba el alma no podia valirme ni aun á mi misma. Ah! maldita sea mi suerte! esclamé con el primer preludio de la desesperacion; é incorporándome en el lecho me vestí con desorden.

Abri de golpe los postigos y empezaba á coser, cuando sentí que muy quedito levantaba mi madre el pica-porte.

Entró pasito á paso y me enternecí.

Ya *estoy buena*, la dije y ella bendijo á Dios.

Traía para mí la pobrecilla un cuarto de gallina dado al fiado, salvo que por él habia dejado en rehenes su pañuelo. Estaba gozosa con la nueva de mi salud, pero no pudo por menos de quejarse de todas las vecinas, las que sin exceptuar una sola se habian negado á prestarle medio duro....

Estábamos en mitad de estas quejas que tanto ponen en relieve la desgracia, cuando llamaron á la puerta; sa-

lí á abrir y me saludó por mi nombre una muger al parecer decente y para mí del todo desconocida. Traía dicha muger un lio en la mano, pasó adelante, sentose, desenvolvió su lio y me presentó dobladas hasta doce camisas nuevas de holanda y otro igual número de pañuelos sin estrenar. Díjela, que qué significaba aquello; y me contestó que ella era viuda del teniente coronel D. Hipólito Chinchilla de Zuazo, natural de Sevilla, compariante del marquesito de Andujar y muerto por los picaros franceses en la misma batalla que mi padre. «Ya se ve (prosiguió) naturalmente se tiene ley hacia aquellas personas que en mejores dias fueron, como quien dice, de la familia; porque como sabe aqui la mamá, las militares, hija, nos tratamos ni mas ni menos que hermanas; y así es que yo, sabiendo que no estaban vds. en la prosperidad que se merecen, dije á un amigo de casa, que es otro yo y hombre poderoso y muy cabal, mira fulano, una compañera mía con una hija como un sol se encuentran desgraciadas y es preciso que me sirvas completamente.... Al sugeto, hija, no hay mas que pedirle, anoche se lo dije en la tertulia y esta mañana temprano me ha remitido ese recadito que dentro el pañuelo de enmedio tiene la esplicacion y el honorario, porque él, ¡Jesus! no ha querido anunciarse con una limosna.... ¡Cál ni por pienso! Es D. Juan Perez y Lopez un señor, ya mayor y muy prudente.»

—Dele vd. las gracias en nuestro nombre á ese caballero y que lo encomendaré á Dios, dijo mi madre; y vd., señora, hallará el premio en el cielo.

Calle vd. por la virgen, compañera, respondió la viuda, vaya, pues no faltaba más. D. Juan no ecsije de la niña sino que le marque bien esas prendas, que estan nuevitas. Ea, yo volveré por ellas y seremos amigas.

—Las llevaré yo, señora, la respondí, y convino en ello diciendo:

—Pues no hay inconveniente, calle Mayor en la casa grande de silleria, donde está el vestuario y ya estará hablado el portero para que no me la detengan á vd.

Diciendo esto se levantó, abrazó á mi madre que quedaba atónita y á mí me pidió un beso, llamándome *hermosísima* y profetizándome muchas venturas.

Apenas se hubo ido la viuda del teniente coronel, fui desdoblado las ropas una por una, y en efecto hallé que dentro del séptimo pañuelo había envueltos en un papel hasta setenta y dos duros en oro y en el mismo papel que las monedas venian liadas decia—*J. P. L. igual á 3 que multiplicado por 24 suman 72 y en igual número de pesos fuertes por esta vez se gratifica al mérito.*

Yo nunca habia visto tanto dinero junto y me aluciné. Di un grito de alegría y puse el oro en las manos de mi madre.

La buena señora se llevó á los labios aquel presente llovido del cielo y exclamó: «La divina Providencia provee á los justos tarde ó temprano, hija mia. Nuestros apuros se hacian ya casi insostenibles y el señor que vela sobre sus criaturas, oyó mis fervorosas súplicas! ¡Bendigamos á Dios y al bienhechor, por cuya mano nos ampara!!»

Pusímonos de rodillas y rezamos, y en el momento empecé mi trabajo, sin dar treguas hasta verlo completo.

Eran las dos de la madrugada del siguiente dia, cuando apagué la luz y me entregué al descanso.

Un pensamiento lisongó mi sueño; era el lujo.... y reposé tranquila.

Las diez de la mañana serian apenas, cuando entraba en el portal de la casa grande de la calle mayor. El portero era un viejo chancero con dos escarapelas, una bermeja colocada en el sombrero y otra negra puesta sobre

el ojo derecho; díjale quien yo era, y si me permitía la entrada, y él midiéndome con el ojo sano de alto á bajo, tomando un tono picante y meciendo el cuerpo sobre las piernas, me respondió. *Ya estoy impuesto, prenda, entre con bien ese garbo que con tal palmito de cara hay pasaporte franco, racion de etapa, alojamiento y compañía. hasta el mismísimo París de Francia.*

Entré un tanto avergonzada y muy creida que me iba á encontrar con la viuda del teniente coronel Zuazo.

A. ROS DE OLANO.

La indolencia.

En medio de una sociedad activa, que bulle sin saber por qué, sin saber á dónde va á parar, ni si va á parar á alguna parte, se encuentran algunos entes felices que, como la oruga en la rama del sauce, ven pasar las hojas y los troncos llevadas por la corriente del río, sin deseo de confiarse á la inestabilidad de las olas. En su dulce y contemplativa soledad, miran desprenderse de su lado á la multitud de hombres que llegan y pasan corriendo, buscando la felicidad que tal vez han dejado atrás en su camino. Corren sin embargo, porque su organización se lo manda; porque la quietud los devora y porque su imaginación les pinta lejos, mas lejos cada vez, palacios encantados, mansiones fantásticas que desean alcanzar y que tal vez alcanzarían, si la muerte no les arrebatase en la mitad de su carrera. Entretanto nacen y mueren otros en un mismo lugar: como sus goces y sus esperanzas estan en su mismo corazón: nada tienen que ir á buscar en tierras apartadas: pensar y dormir, he aquí su vida; vida

grande, completa, infinitamente variable, y que critica sin embargo la gente activa y sensata llamándola perezosa é indolente.

¿Hay algun mal en la pereza? Yo creo que no: nunca es mas feliz el hombre que en ese estado de abandono, euando sueña despierto y levanta castillos sobre castillos en su risueña imaginación. ¿No te ha sucedido nunca, respetable lector, haberte dormido al monótono compás de la lluvia que azotaba tus cristales y despertarte á la mañana cuando un sol radiante y puro empezaba á dorar tus muebles y las persianas de tu alcoba? Los rayos del astro del día se derraman en manojos de colores, jugueteando sobre la alfombra y deslumbrando como diamantes, al caer sobre algun vaso, ó al tocar de perfil un jarro ó un espejo. Y si por acaso es primavera, si alguna maceta de flores envía hasta la cama sus perfumes, si se mecen los jazmines al soplo del viento en las enredaderas del balcon, si algun ramo de violetas, ha quedado olvidado sobre la mesa que dió una mujer en el baile de la noche pasada, ¿no es verdad que sin saber como, la imaginación sube á un mundo que sin ser el mundo de los espíritus es mejor que la tierra que habitamos? ¿no es verdad que en aquellos momentos parecen mas ligeras las cadenas de la vida, y pasan los minutos y las horas, sin que ocurra siquiera abandonar la almohada que tan suaves pensamientos proporciona?

Cuando el cuerpo marcha y se fatiga, el alma duerme en nosotros: el descanso de la materia es la vida del espíritu. La realidad es siempre inferior á la idea: y este es un castigo de la Providencia para los ambiciosos que no se contentan con soñar: la meditación, la indolencia contemplativa son la suprema felicidad del hombre. ¡Dichosos los habitantes del Oriente! Ellos entienden la filosofía de la vida: en vez de trabajar en planes insensatos de ambición, se arrojan en muelles almohadones. El sabio discípulo del

Profeta, respirando las emanaciones de las flores que se inclinan agoviadas por los rayos del sol, escuchando los ecos de músicas lejanas ó el susurro armonioso de las fuentes que levantan al artesón del aposento su líquida columna de frescura, mirando por entre las nubes de aromático humo que levanta su pipa, ya el mar surcado por blancas y lejanas velas, ya los bosques solitarios ó el florido cementerio; el musulmán adora á Alá en su contemplación mística, y entre el humo del opio vé pasar las huries prometidas del profeta: apariciones vaporosas y bellas, ya en su paso le sonríen, ya depositan un beso entre sus entreabiertos labios, ya le explican en un idioma de ángeles las máximas misteriosas del Korán. El árabe adora la pereza, y la pereza es la providencia para él. ¡Qué lástima que haya venido Mehemet-Ali á quitarnos esta ilusión! Ya hay por aquellas desgraciadas tierras cultivo y algodones y fundiciones de artillería y hospitales, y barcos de vapor que vienen y van: ya hay un sultán en Constantinopla á quien no dejan tranquilo en su serrallo las potencias europeas, á quien obligan á trabajar los embajadores cristianos: ya no puede gozarse en las orillas encantadas del Bósforo de aquel bendito silencio, de aquella voluptuosa pereza que hacían tan venerable el nombre de Stambul. La fiebre se ha apoderado de aquella gente y quiere rejenerarse, y vivir como nosotros que es la mayor barbaridad que imaginar pudiera.

La pena y la contemplación despiertan en su alma la fè. Solo en la calma se eleva con confianza el alma á Dios y corren torrentes de consuelo en un corazón cansado. ¿Quién no ha deseado la soledad? ¿Quién al correr el mundo, no ha maldecido alguna vez las cadenas que lo ataban á los demás hombres, esas cadenas de esclavitud que llegan á ser tan pesadas al fin? Fuera de los trabajos y del contacto de la humanidad está la única libertad verdadera, el

aíslamiento que la tierra puede proporcionar. En el silencio de la soledad se abre el corazón á los encantos de la naturaleza. Hay goces infinitos en el paso de las nubes por el cielo: hay delicias inmensas en el perfume de una flor, en el paso de un río. El ruido de las olas agitadas, el lamento de la alondra, los rumores melancólicos de las playas hablan á nuestros sentidos un idioma indefinible, pero que comprendemos en el recojimiento de nuestro entusiasmo. El eco lejano de una guitarra, el canto de una niña que pasa alegre y bulliciosa despiertan en la soledad voces de poesía que duermen en el fondo del alma, pero que no han muerto en el bullicio del mundo.

Cuando para nuestras diversiones ó nuestros negocios hemos tenido que atravesar la mar, ¡cuán monótona, cuán triste nos ha parecido esa inmensa llanura que nos fatiga con su inconstancia, nos amenaza con su furia! Los vientos no hinchán con bastante fuerza las velas de nuestro barco: las olas vienen á morir con inmenso y atronador ruido salpicándonos con su espuma, ¡Cuándo tocaremos la playa! hé aquí el deseo de todos los días, de todos los instantes, lo único que ocupa nuestro corazón.—Pero cuando embebidos en melancólica pereza contemplamos desde la altura de una torre destruida la escena inmensa y magnífica de la mar agitada, con qué emoción late el pecho al mirar precipitarse las olas sobre las olas con la rapidez del relámpago, cargadas de espuma y de salvajes armonías! El pensamiento va á morir con el sol entre nubes de púrpura en el horizonte inflamado, y la imaginación abarca de un vuelo la inmensidad de los mares para subir al firmamento.

Y si las estrellas esmaltan el velo azulado de la noche, si la luna aparece pálida y triste en el oriente, cuantas combinaciones forma la fantasía con los luceros que corren como amantes tras los pasos de la luna con las estrellas, que en

mil constelaciones se confunden en figuras diferentes que parecen encerraren su simetría caprichosa los secretos de la vida del mundo.

La naturaleza como una amante tímida y zelosa no prodiga sus placeres al hombre mas que en la soledad y en el silencio. Pero es lástima que la realidad de la vida venga á despertarle de sus sueños encantados. Para esas imaginaciones sin embargo no hay remedio; y el hombre que al verse solo en el campo ó en las playas de la mar halle un deleite infinito en el ruido de los árboles, en el murmullo de los rios, en los ecos melancólicos de las olas, el que distraiga sus miradas en la contemplacion de una torre, de una vela que pasa como un ave, en el horizonte; el que entonces no se acuerde ni de sus amigos, ni de los pleitos, ni de sus trabajos ni de los periódicos ni de las cuestiones políticas, bien puede ponerse en cura, ú ocultarse á las miradas de la jente sensata, porque el demonio de la indolencia ha tomado ya asiento en su corazon.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

SUCESIONES.

Ni eres hoy lo que ayer fuiste,
ni lo que eres has de ser;
que no siempre has de crecer,
pues para menguar naciste.

Nubes que á lo alto subieron
y el ancho cielo llenaron,
tal vez de arroyo pasaron
cuando de la mar salieron.

Mas solo para caer
enlutan el horizonte,

pues bajan del cielo al monte
volviendo al antiguo ser,

Y esos vapores sombríos
que á gotas el cielo llueve
el rio á fuentes los bebe,
y la mar los sorbe á rios.

En su interminable afan,
asi, roncás murmurando,
ya subiendo, ya bajando,
las aguas vienen y van.

Las que ayer fueron torrente
y desnuelta cascada
hoy son bruma plateada,
mañana tranquila fuente

Que sobre la verde alfombra,
nuevo murmullo fingiendo,
se desparrama durmiendo
del olmo á la tibia sombra

A su término al llegar,
raudal en ondas perdido,
el verde tronco florido
es ya nave de la mar.

Súrcanla con dura quilla
ya gigantescos navios
aquellos que cuando rios
eran bosques de su orilla,

Y el raudal que lisongero
iba el tronco á refrescar
columpio horrible en la mar
es suplicio al marinero.

Allí hecho monstruo se pierde
en inmensos horizontes,
y con olas como montes
arruga la espalda verde:

En torno á la tierra gira,
vela en la noche sombría,
y dos veces cada día
su cruda entraña suspira;

Y en el seno que le encierra
traidor brama, y se levanta,
y con un vaiven que espanta

presume tragar la tierra!
 Pero en vapores sombríos
 sube, y el cielo los llueve,
 y el río á fuentes los bebe,
 y la mar los sorbe á ríos.
 Y así el giro contemplando,
 en su interminable afán
 ya subiendo, ya bajando
 las aguas vienen y van.

Que inunde el ancho horizonte,
 ó salte arroyo liviano,
 que lllore en el blando llano
 ó brame en el rudo monte;
 Ya cayendo con estrago,
 ya entre céspedes bullendo,
 la misma agua vá corriendo
 ya sea mar, torrente ó lago.
 Crece y mengua la corriente
 cual crece y mengua la luna;
 todo es cambio de fortuna,
 el monte, el llano, la puente.

Van los caudales creciendo,
 y creciendo los murmullos,
 los que empezaron arrullos
 llegan al mar en estruendo:

Los que del monte en la falda
 murmurios alzaron suaves,
 corren arrastrando naves
 siendo Tajo, Rhin y Escalda.

Y al compás de la jactancia
 que medra con la fortuna
 la timidez de la cuna
 es en la tumba arrogancia.

Es la humanidad entera
 agua que corriendo vá:
 quien primero subirá
 al cielo de su carrera
 mas presto descenderá.

P. DE MADRAZO.

ALBUM.

TEATRO. Desde la representación de la comedia original *Dios los cria y ellos se juntan*, cuyo análisis dimos en nuestro número anterior, ninguna otra novedad notable ha ocurrido en el del Príncipe, pues un drama que estaba preparado no ha podido representarse y hemos pasado la semana con funciones ya vistas, aunque escojidas, siendo la mas notable por lo variada y concurrida la del viernes á beneficio de los profesores de la orquesta. La presente temporada la concluiremos, según noticias, con los beneficios de los actores y algunas representaciones de la última comedia de májia; pero en cambio para el año cómico próximo se preparan grandes acontecimientos teatrales: dos empresas independientes una de otra, dos compañías de verso compuestas de todas las notabilidades escénicas, gran compañía de ópera italiana, comedias y dramas nuevos originales y traducidos, algunas parejas de baile, en fin si todos los proyectos que hay se realizan y tenemos buena salud y mucho dinero, ya verán vds. como nos divertimos.

Como el *album* del número pasado se nos quedó en el tintero por falta de espacio, nada hemos dicho de *Elena da Feltre*, ópera de Mercadante ejecutada en el teatro de la Cruz; ni la ópera ni la ejecución pasan de una medianía que el público recompensó con medianos aplausos, y como ya es tarde para entrar en mas pormenores, lo dejamos para otro día y para otra ópera.

LICÉO. Suspendidas temporalmente las sesiones de los jueves á causa de los bailes, solo han quedado las de los domingos por la mañana, que cada día

están mas brillantes y mas concurridas. Los premios de flores y medallas han producido hasta ahora muy buen efecto, los artistas trabajan cada día con mas empeño, y esta noble emulacion no puede menos que dar muy buenos resultados. Procuraremos en los números sucesivos estrair las sesiones artísticas mas importantes.

BAILES. El primero de máscara verificado el jueves último en los salones del palacio de Villa-hermosa, ha sido el mas elegante y el mas concurrido de la temporada. Las mejoras que se han hecho, y el ensanche que ha recibido el local, ofrecen mucha mas comodidad al público que en los años anteriores. Si hemos de juzgar por el primer baile, de los sucesivos, los salones de Villa-hermosa serán en el presente carnaval el punto de reunion de las bellas madrileñas y de todo lo que encierra nuestra sociedad de mas brillante y escogido.

MODAS. Segun las últimas noticias que nos ha traído nuestro correo de la capital del mundo elegante, el concierto dado en la noche del 3 en el palacio de las Tullerías estuvo brillantísimo en música, en adornos, en hermosas mujeres. Sobresalieron por el gusto de sus peinados y la magnificencia de sus trajes. Madama P.... con su vestido de muaré blanco, cuyas pequeñas mangas estaban adornadas con lazos de granate terminados con bellotitas y con la corona de rosas blancas caída un poco sobre la frente y sujetando los cabellos por detrás; madama N.... con su vestido, tambien de muaré blanco, abierto por delante, forrado de raso color de rosa y dejando entrever el vestido interior del mismo color: su peinado era sencillísimo pero muy elegante; llevaba una *barba de Inglaterra* formando un lazo que

caía por un lado y el cual estaba sujeto con una sola rosa, y los cabellos recogidos hácia atras atravesados por dos alfileres de diamantes, y cuyas cabezas formaban ramilletes de flores; M.^{lle} R.... cen su hermoso vestido de raso color de rosa, y finalmente la lindísima M.^{lle} T.... con su vestido pekin rosa.

Viéronse tambien en aquel concierto las elegantes cadenas llamadas *Brinvi-lliers*, nombre debido á cierta célebre marquesa; de estas cadenas que son de oro pende un pomito del mismo metal, mas ó menos enriquecido con perlas y piedras preciosas.

Entre los guantes de lujo debemos citar los fabricados por el famoso Mayer, adornados con cordoncillos de oro fino y guarnecidos con una franja de perlas, y cuyo módico valor los hace mas recomendables, pues solamente cuestan 300 francos el par.

—En el beneficio de madama Persiani, dado en el teatro de los Italianos, llamaron tambien la atencion los vestidos de la beneficiada y de la señora Albertazzi, que aunque nuestro mensajero no nos ha dado minuciosos detalles de ellos, sabemos por conducto extra-oficial que eran magníficos y de un valor inestimable.

ACLARACIÓN. D. Miguel de los Santos Alvarez nos ha remitido una carta con objeto de que el público sepa que no es suyo el artículo de teatros inserto en nuestro número anterior firmado LUCULO, y añadiendo que los artículos que remita á nuestra redaccion estarán firmados con su nombre.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.